

VII CONGRESO INTEROCEÁNICO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS EL LUGAR DE LA CRÍTICA EN LA CULTURA CONTEMPORÁNEA

Simposio 23. Esclavitud: formas pasadas y presentes desde las perspectivas de Género y Post/Decolonialidad

Éxodo y esclavitud: el caso de la guerra civil afgana años 1995 – 2005. Una evaluación comparativa con procesos de violencia y desplazamientos en América Latina

Facundo Martinez Eraso

Resumen

Junto con la guerra civil más larga en lo que va del siglo (cuyos desencadenantes se remontan al siglo pasado), Afganistán suma otro factor que ha conspirado contra su unidad y estabilidad. La multiétnicidad del territorio. Más de 25 etnias comparten el país, muchas de ellas con lenguas propias y tradiciones tribales de siglos de antigüedad. El elemento religioso tampoco escapa a la división.

Si bien casi la totalidad del país profesa un islamismo sunnita, también existen minorías chiítas (sobre todo en las zonas fronterizas con la actual República Islámica de Irán) y divisiones en torno a la mayoría sunnita, sobre todo en torno a la cada vez más relevante, doctrina jurídica salafista, que plantea un enfoque radical en cuanto a sus interpretaciones del Corán.

De este crisol de etnias que habitan Afganistán, sólo dos han logrado históricamente acaparar el poder político, ya sea durante la Monarquía o la República: la mayoritaria etnia pastún, de confesión sunnita, y los también sunnitas tayikos, quienes constituyen una forma de identidad impuesta desde el Estado a un cúmulo de distintos grupos humanos quienes no constituyen ninguna etnia preexistente. Estas etnias son transnacionales, ya que se encuentra población pashtun en Pakistán, hazara en Irán u uzbeka en las ex repúblicas soviéticas, lo que hace que países extranjeros tengan especial interés y, en muchos casos, injerencia, en los asuntos internos del país (Antonio Giustozzi, 2010).

Para complejizar aún más la situación, la diferenciación étnica responde también a factores externos, como el problema colonial legado por el Imperio Británico en tiempos de la reina Victoria, de la artificial Línea Durand de 1893 que sirve como frontera entre Pakistán y Afganistán, y dejaría dividida en dos a la mayoritaria etnia pashtun.

Cien años después del trazado de dicha frontera, y en un contexto nuevo, pero también caracterizado por la violencia, uzbekos, tayikos y hazaras formaron la denominada Alianza del Norte para enfrentarse a los Talibanes (pashtunes), que cada vez se hacían con un mayor dominio del país desde sus tierras en el sur, y que terminarían con el control de Kabul en 1995 y la posterior intervención norteamericana tras los atentados terroristas del año 2001.

Con su renovada posición de poder tras la retirada, luego de veinte años, de la alianza liderada por los Estados Unidos en el año 2021, la violencia interétnica y religiosa, fue *in crescendo* en suelo afgano. Falta de empleo, analfabetismo y pobreza estructural son problemas que afectan a dicho país desde hace décadas, lo que se traduce en generaciones de refugiados y millones de desplazados.

Muchos de estos refugiados al carecer de pasaportes y documentación legal para salir del país se verán obligados a recurrir a traficantes y contrabandistas, dando lugar a casos de verdadera esclavitud moderna. Abusos y trabajos forzados suelen esperar en muchos casos a hombres, mujeres y niños sin documentos en sus países de destino. Tristemente estos casos también se presentan en otros procesos migratorios similares en contextos de violencia, como en Centroamérica o el norte de África, aunque en el caso afgano los factores étnicos y religiosos, suman un nuevo factor de división y de complejidad en dichas relaciones de subordinación que es preciso tener en cuenta. Para este trabajo se presentará el caso colombiano en las décadas paralelas al conflicto afgano, para analizar como elementos estructurales de una sociedad como ser etnia, religión y territorio, configuran modos en los cuales las migraciones y procesos migratorios toman forma en uno y otro país.

Palabras clave: Esclavitud; Afganistán; Refugiados; Conflicto; Colombia.

Introducción

El propósito de este trabajo es presentar y comparar la manera en que conflictos violentos que atraviesan a determinadas sociedades, generan, al interior de las mismas, dinámicas relacionadas al tráfico de personas y diversas formas de esclavitud moderna, ya sea sexual, laboral o de otro tipo, muchas veces derivadas de desplazamientos forzados de personas o contingentes de refugiados. Estos casos se presentan generalmente en entidades políticas con problemas estructurales que algunos autores de habla hispana como John Sebastián Zapata Callejas (2014) o Anna Gemma López Martín (2013) incorporan dentro de las categorías “estados fallidos” o “débiles”.

Otro concepto relevante para este trabajo será el de guerra asimétrica e irregular. Por un lado, las guerras tradicionales son aquellas en que, como las guerras mundiales del siglo XX, los estados nacionales son los agentes principales de la contienda (aunque no los únicos) y se caracterizan por una relativa simetría entre los beligerantes. En oposición, a partir de las luchas por la descolonización desde 1945 tomarán forma nuevos tipos de guerra caracterizados por la disparidad de fuerzas entre potencias coloniales europeas y por el conflicto asimétrico entre fuerzas irregulares o guerrilleras. Como plantea Michael Rubin (2007) "Asymmetric threats are not new, nor are strategist attention to them. In every era, from the pre-modern to the present day, weak forces utilize surprise, technology, innovative tactics, or what some might consider violations of military etiquette to challenge the strong".

En este tipo de conflicto, las guerrillas son la forma predominante de hacer la guerra por parte de uno de los bandos, lo que, por ejemplo, en el caso de la guerra afgano-soviética, llevó a que el propio ejército regular soviético debiera reformularse y reentrenarse para lidiar con dicha forma de enfrentamiento, haciendo de esto un proceso caro y lento. Para ponerlo en palabras de Henry Kissinger “la guerrilla gana si no pierde. El ejército convencional pierde si no gana” (Hixson, 2000).

Los casos de estudio presentan dos países geográfica y culturalmente distintos, los cuales, no obstante, han sufrido el flagelo de la violencia armada, los desplazamientos forzados y refugiados de una manera similar. Hablamos del Emirato Islámico de Afganistán y la República de Colombia.

Temporalmente el trabajo se centrará en las décadas del noventa y del 2000, que coinciden en el caso afgano con la guerra civil desatada entre los diversos señores de la guerra que se repartieron el territorio tras la retirada soviética, y en el caso de Colombia, con un acelerado crecimiento tanto en cantidad de hombres como de frentes abarcados por las guerrillas (Saumeth Cadavid, 2010).

Afganistán: guerra y éxodo

En pleno corazón de Asia central, el territorio afgano, escenario desde los tiempos alejandrinos de mixtura y encuentro entre pueblos y etnias procedentes del occidente greco-latino, Persia, India y China, tuvo por estas mismas características geográficas particulares un lugar preponderante en la antigua ruta de la seda.

Esta misma privilegiada situación fue la que le puso en el punto de mira de grandes imperios a lo largo de la historia, que intentaron hacerse con el control de los estratégicos pasos por las montañas.

Por otro lado, junto a las agresiones externas, hacia el interior de las fronteras, las distintas comunidades étnicas y religiosas, se verían arrastradas a conflictos que, desde la perspectiva actual, se presentan como de muy difícil solución, al menos en el mediano plazo.

En el descenso hacia lo que autores como John Sebastián Zapata Callejas (2014) o Anna Gemma López Martín (2013) llaman “Estado fallido”,

encontramos dos hechos trascendentales y profundamente unidos entre sí: la revolución del Saur de 1978 y la invasión soviética de 1979.

Por un lado, el derrocamiento de la monarquía bajo la figura del Rey Zahir Shah en 1973 dió lugar a un intento de organización monárquica constitucional que intentó modernizar el país permitiendo la irrupción de partidos políticos. Emerson Forigua Rojas (2010) menciona que:

para los afganos, el periodo constitucional de 1964 a 1973 no fue más que un breve periodo anti-islámico, secularizador y marcado por la corrupción de sus gobernantes. La resistencia se nucleó en la Asociación de Hermanos Musulmanes, cuyo líder, Abdur Rían Niasi fue fusilado por el gobierno en 1970.

Un segundo golpe de Estado, en Abril (Saur en el calendario persa usado en el país) de 1978 llevado a cabo por elementos comunistas del ejército, logró hacerse con el control del país, apoyado por la URSS. El nuevo gobierno del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán liderado por Nur-Mohammed Taraki, Babrak Karmal y Hafizullah Amin, no escapaba a las diferencias internas, teniendo como ejes en la discusión lo que respecta a la composición y representación de los diferentes grupos étnicos en el poder y en la diligencia con que acataba las órdenes del Kremlin.

El nuevo gobierno comunista buscó imponer un programa modernizador, colectivista, secular y centralizador, dictando leyes que para autoras como Sylvain Boulouque (2010) rompieron las bases de la sociedad afgana. Se decretó educación obligatoria para todos, suprimieron las deudas rurales, pero sobre todo, lo que encenderá la chispa de la rebelión, fue el trato religioso.

El afán secularizador del gobierno, chocó de frente contra la enorme mayoría musulmana practicante y tradicional del interior y las zonas rurales, que constituían la amplia mayoría de la población. En este punto, como plantea Rashid Ahmed (2002) la óptica materialista que compartía la cúpula gobernante fracasó a la hora de entender las profundas raíces religiosas que compartían las masas y que hacían a su propia identidad. De esta manera, al avanzar la campaña antirreligiosa con quemas públicas del Corán, detenciones y asesinatos de responsables religiosos (Imanes) y la prohibición de práctica religiosa para todas las confesiones, las resistencias y revueltas irían creciendo en tamaño e intensidad. La persecución religiosa también fue acompañada de una represión violenta de minorías étnicas como los Hazaras, una minoría

chiita que ha sido - y es - sujeto de discriminación por parte de la élite gobernante del país.

Así, el curso violento de los acontecimientos provocó alzamientos en masa en ciudades del interior que escapaban al control del poder central y que hacia fines de 1979 tenían en jaque al gobierno central, llegando incluso al asesinato de asesores soviéticos en el mismo Kabul (Vladislav Zubok, 2007).

El otro momento bisagra en este proceso es, sin dudas, la invasión soviética del 25 de diciembre de 1979, un acontecimiento que marca la historia afgana contemporánea. Intentos de modernización agrícola y educativa, una legitimidad muy frágil por parte del gobierno, pero sobre todo los ataques a la religión islámica en forma de cierres de escuelas, mezquitas y quemas públicas del Corán, fueron determinantes para la guerra civil que se desató en 1978, y que, temiendo por una expansión del radicalismo islámico en su frontera sur, llevaría a la URSS a intervenir en el conflicto.

El conflicto se inserta plenamente en las postrimerías de la guerra fría, en una época donde la estrategia de la distensión estaba siendo abandonada por ambas partes con un consecuente empeoramiento de las relaciones. Como menciona Zubok, desde el año 1977 las relaciones soviético-americanas sufrieron un inexorable empeoramiento.

Las anteriores intervenciones soviéticas en Alemania del Este (1953), Hungría (1956), y Checoslovaquia (1968) habían demostrado que la intervención política iba íntimamente de la mano con una intervención militar fuerte y eficaz. En este sentido, Mohammad Yahya Nawroz y Lester W. Grau (1995) explican que tanto Estados Unidos como sus aliados occidentales, aceptaron la intervención soviética en tanto se limitara a sus fronteras y zonas de influencia tradicional, a fin de mantener el balance de poder que la disuasión nuclear permitía.

La intervención soviética en Afganistán se presenta de esta manera como una heredera de las detalladas en el párrafo anterior (victoriosas estas), y a la vez, como una de las derrotas más duras de la URSS en el campo militar, siendo para numerosos autores una de las principales causantes de su disolución política.

Lo que en principio se planteaba como una acción rápida para restaurar el orden en la frontera derivó en diez años de guerra, en la cual según se informa,

los soviéticos mataron a aproximadamente 1.3 millones de personas, y donde más de 5.5 millones de afganos (un tercio del total del país antes de la guerra), debieron emigrar como refugiados fuera del país (Nawroz y Grau, 1995).

Para entender este conflicto y sobre todo sus consecuencias socioeconómicas, es importante el concepto de guerra asimétrica. Siendo característico de estos conflictos la guerra de guerrillas, irregular, donde los combatientes no están identificados como tales, pudiendo pasar desapercibidos entre la población civil.

Junto a los desplazados y refugiados, como plantea Emerson Forigua Rojas (2010) el conflicto también dejó una gran cantidad de movimientos y organizaciones de fuertes vínculos transnacionales, que durante la década de los noventa y aún en años posteriores mostrarían su capacidad desestabilizadora. Otro elemento que se presentará años después de la invasión y como consecuencia de la destrucción del 90% de las infraestructuras hídricas durante la guerra (en un país eminentemente montañoso y desértico), es el del cultivo de la adormidera o amapola, donde Afganistán domina hasta el 75% el mercado mundial de la heroína (Bacques Quesada, 2010).

En un país donde la enorme mayoría de la población ha vivido - y vive - en zonas rurales (según datos del Banco Mundial el 73% de los afganos vive en la zona rural) de difícil acceso y, de aún más difícil control por parte del poder central, no es de extrañar que el interior del país fuera el origen de la mayor parte de las insurrecciones.

El aislamiento del interior, sumado a la total destrucción de la infraestructura hídrica durante la guerra contra los soviéticos (Boulouque, 2010), llevó a que gran parte del país se sumiera en la pobreza y el hambre, en una situación que aún al día de hoy parece no encontrar solución, con llamados de atención a la comunidad internacional por parte del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2021) que alertan de que hasta el 97% de los habitantes del país pueden caer bajo la línea de pobreza hacia fines de 2022.

La larguísima guerra que el país sufrió - y sufre - donde cada algunos años cambian los bandos en disputa, pero donde el sonido de los fusiles de asalto hace décadas no deja de sonar, ha generado generaciones enteras que solo conocen la guerra. Como menciona el reporte de People on War (1999) los más afectados por esta situación fueron los más jóvenes, que vieron cómo sus

escuelas fueron destruidas, debiendo cambiar en muchos casos los libros por fusiles, generando una cultura de violencia que ha calado en lo más profundo de la sociedad.

El combo de más de cuarenta años de conflicto e inestabilidad, pobreza crónica, y enfrentamientos étnicos y religiosos, hizo de los afganos el grupo de refugiados más grande del mundo. Sólo durante el conflicto con la URSS cerca de cinco millones de afganos dejaron el país, una quinta parte de la población total (Amnistía Internacional, 1999). Ya entrando el nuevo milenio, la guerra civil que siguió a la retirada soviética finalizó con el ascenso Talibán, tomando el control de Kabul en 1995. Desde esa fecha, y mediando una invasión por parte de Estados Unidos y sus aliados desde el año 2001 hasta 2021, en la actualidad Afganistán es el tercer país con mayor cantidad de refugiados y desplazados, sólo por detrás de Siria y Venezuela, estimándose en más de seis millones los desplazados hasta el año 2021 y en más de veinticuatro millones quienes necesitan asistencia humanitaria (UNHCR, 2022).

Peligros y desafíos de los refugiados afganos

Como informa la consultora Samuel Hall (2013), la pobreza crónica y los grandes tamaños de las familias afganas (el mismo informe menciona 8 personas por familia en promedio) contribuyen a la vulnerabilidad económica de dichos grupos, lo que incrementa la presión para generar ingresos por parte de los niños y niñas, viéndose de esta manera insertos en varias formas de tráfico humano.

Íntimamente relacionado con la pobreza, pero también con la falta de instituciones financieras, se encuentra el problema de las deudas, y consiguientemente, la servidumbre por las mismas. Es que los prestamistas, al no poder lucrar con el préstamo, por ser esto considerado *haram* (contrario al Islam), a menudo terminan tomando control de la víctima para ser explotada laboralmente (Hall, 2013).

Este sistema es característico de una de las industrias donde más se recurre al trabajo forzado, la fabricación de ladrillos, donde familias enteras trabajan en fábricas situadas a lo largo de las rutas migratorias. Recojo el testimonio de la periodista española Mónica Bernabé Fernández:

Los campos de refugiados estaban rodeados de inmensas extensiones de terreno en las que lo único que se divisaba en kilómetros eran altas chimeneas que recordaban a las de la revolución industrial. Eran fábricas de ladrillos, donde solo trabajaban afganos. Los dueños, no obstante, eran pakistaníes. A las tres de la madrugada había familias enteras en la oscuridad, moldeando ladrillos con las manos. “Si no trabajamos todos, no sacamos para vivir”, adujo un hombre que metía en un molde de hierro bolas de barro que su mujer y sus cinco hijos iban haciendo en cuclillas con un movimiento circular de las manos, casi mecánico. El niño menor tenía seis años. “Cada día fabricamos tres mil ladrillos, y por cada millar nos pagan ochenta rupias”, continuó detallando. En el año 2000 ochenta rupias eran 1,4 euros, y en Pakistán un kilo de pollo ya costaba eso, y uno de azúcar, veintisiete rupias (Bernabé Fernández, 2011, p. 21).

De la misma manera, la imposibilidad de pago de deudas también genera otras formas de esclavitud moderna, como ser explotación sexual y matrimonios forzados.

Otro elemento a tener en cuenta es hacia dónde se dirigen principalmente los refugiados que huyen del país, pues si bien la migración forzada interna es mayoritaria, un número importante logra cruzar las fronteras con destino principalmente a Pakistán e Irán. El problema con quienes logran traspasar las fronteras, es que en la mayoría de casos como documenta Hall (2013), lo hacen o bien secuestrados, o bien, engañados, y una vez fuera del país, sin documentación y desconectados de los vínculos familiares, son presa de organizaciones delictivas que los explotaran de diversas maneras.

Discusión: Posibilidad de análisis comparativo

El estudio de los ciclos de conflicto que han asolado a Afganistán, y que han provocado uno de los grupos de refugiados más grandes del mundo, abrió la puerta a la idea de comparar este proceso, con algunos de características similares en cuanto a los problemas para desplazados y refugiados, que se diesen en nuestro continente. Aparece de esta manera Colombia, en tanto ha sufrido los desplazamientos forzados causados por los enfrentamientos entre las guerrillas y el Estado.

La guerra de guerrilla, como forma de enfrentarse al poder militar regular, toma en ambos países características propias. En primer lugar, la motivación. En el caso afgano, el componente religioso islámico es parte integral del ser de los *Muyahidín* y es la idea de *Yihad* la que amalgama a grupos diversos tanto política como étnicamente. En tanto que, en el caso colombiano, como mencionan Camacho Caicedo y otros (2020), si bien existen diferencias

profundas en los distintos grupos armados, si se pueden centrar sus motivaciones tanto ideológicas, como político económicas. El aspecto étnico religioso que empapa los conflictos en Asia Central, y particularmente en Afganistán, está prácticamente ausente en el conflicto colombiano.

Otro elemento que salta a la vista al estudiar ambos procesos, es la vinculación que las guerrillas y grupos armados tuvieron con cultivos ilícitos ya sea para financiar la propia lucha, o como mera forma de subsistencia. En el caso afgano, el cultivo de Amapola adormidera para fabricar opio, data de fines de la invasión soviética cuando la destrucción de gran parte de la infraestructura hídrica del país, llevó a los campesinos a iniciar plantaciones de adormidera sólo por una cuestión de rentabilidad.

El caso afgano es muy particular, ya que el islam prohíbe a los musulmanes producir y tomar sustancias tóxicas. Pero, en lo que Bacqués Quesada (2010) llama un

ejercicio de ingeniería ideológica, los talibanes lograron convertir el cultivo y venta de opio en lo más congruente con su causa porque gracias a ello se puede luchar más eficazmente contra los enemigos ubicados en Occidente y Rusia, al ser ellos los consumidores actuales o potenciales de esta droga.

En la provincia de Helmand al suroeste del país se estima que se produce cerca del 50% del opio del mundo (Riphemburg, 2006). Para alcanzar estas cifras es evidente la complicidad por parte del poder político y policial, encontrándose el propio gobernador de la provincia, Sher Mohammed Akhundzade, en posesión de 9 toneladas de opio en recintos públicos (Bacques Quesada, 2010).

En el caso de Colombia, como plantea Juan Carlos Garzón (2013), la asociación de guerrillas como las FARC Y ELN con el narcotráfico ha constituido una simplificación y ha quitado el carácter político del conflicto. Esto no quiere decir que los grupos guerrilleros no reciban financiamiento importante por la producción y tráfico de drogas, pero, por un lado, esta no es la única actividad ilícita de financiamiento que emplean (secuestros, extorsiones, robos y contrabando), incluso el propio narcotráfico no es la actividad más rentable en algunas zonas; y por otro lado, los rendimientos que obtienen las guerrillas en su mayoría provienen de pagos por protección mas que por la producción de la droga en sí misma.

Además, como menciona Román Ortiz (2000), los grupos armados en Colombia en términos generales no han entrado en la venta y distribución de la droga, que sigue estando en organizaciones criminales transnacionales, sino que en la práctica actúan como poder paraestatal en las zonas de producción, proporcionando a los campesinos involucrados en los cultivos acceso a servicios y defensa contra las fuerzas de seguridad. El mismo Bacqués Quesada (2010) en su trabajo sobre Afganistán menciona como en otros escenarios vinculados al narcotráfico, como Colombia, el cultivo de opio ni siquiera suele ocupar la totalidad de las tierras de los campesinos implicados. Siendo bastante normal que se combine con el de otros productos legales y, de hecho, imprescindibles para la economía y la alimentación.

Conclusiones

La violencia permanente ha logrado llevar al Estado en Afganistán a ser por momentos un mero observador de los acontecimientos sin capacidad real para influir en ellos, ya sea en los enfrentamientos interétnicos, el radicalismo islámico, la corrupción o la pobreza generalizada. El fracaso de las intervenciones occidentales a la luz de la realidad que atraviesa el país, llama a la comunidad internacional a buscar soluciones no intervencionistas, en un país con una fuerte tradición de resistencia.

Los refugiados han sido históricamente marginados y explotados, ya sea en razón de su etnia (como los Hazaras), su confesión religiosa (chiies) o situación económica. Pero también las guerrillas han recurrido a los despojados en busca de miembros.

Los paralelismos que se establecen entre las situaciones de afganos y colombianos, plantean desafíos más actuales que nunca, en cuanto al combate del radicalismo y la pobreza, germen de conflicto y desigualdad.

Referencias bibliográficas

Amnesty International (1999). *Refugees from Afghanistan: the world's largest single refugee group*. Recuperado de: <https://www.refworld.org/pdfid/3ae6a9d110.pdf>

Bacqués Quesada, J. (2010). Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado de Investigación sobre la Paz, la Seguridad y la Defensa.

Banco Mundial (2022). *Población rural, % de la población total. Afghanistan*. Recuperado de: <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.RUR.TOTL.ZS?locations=AF>

Bernabé Fernández, M. (2012). *Afganistán, crónica de una ficción*. Random House Mondadori.

Boulouque, S. (2010). El comunismo en Afganistán. En: *El libro negro del comunismo*. Ediciones B.

Camacho Caicedo, M. E.; Mosquera Córdoba, B. H.; Viera Argumedo, L. (2020). *Motivaciones en guerra, permanencia y salida*. [Trabajo de grado] Universidad de Antioquia. Recuperado de: https://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/15736/14/CamachoMaria_2020_MotivacionesGuerraPermanencia.pdf

Calvillo Cisneros, J. M y González del Miño, P. (2018). El opio en Afganistán. ¿Erradicación o legalización? *Revista de Paz y Conflictos*, vol.12, 2, 95-114.

Forigua Rojas, E. (2010). Guerra en Afganistán: la experiencia soviética. *Pap. Polít. Bogotá* (Colombia), vol. 15, n° 1, 183-234.

Giustozzi, A. (2010). Los grupos étnicos y la movilización política en Afganistán. *Revista de estudios sociales*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/12376>

Hall, S. (2013). *Old Practice, New Chains: Modern Slavery in Afghanistan, commissioned by the International Organization for Migration (IOM)*.

Hixson, W. (Ed.) (2000). *Leadership and diplomacy in the Vietnam war*. Garland publishing Inc: Nueva York.

López Martín, A.G.(2013). *De Somalia a Libia: El Estado fallido, ¿Un nuevo modelo de Estado?*

Ortiz, R. (2010). *Guerrilla y narcotráfico en Colombia*. Centro de Estudios y Análisis de Seguridad: Universidad de Granada.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (9 de septiembre del 2021). *El 97 % de la gente en Afganistán podría caer en la pobreza a mediados de 2022, advierte el PNUD*. Recuperado de: <https://www.undp.org/es/press-releases/el-97-de-la-gente-en-el-afganistan-podria-caer-en-la-pobreza-mediados-de-2022-advierte-el-pnud>

Rashid, A. (2002). *Los Talibán: Islam, petróleo y el nuevo gran juego en Asia Central*. Península.

Riphemburg, C. J. (2006). Afghanistan: out of the globalisation mainstream? Consultado en *Third World Quarterly*, vol. 27, nº 3, Routledge, 507-524.

Rubin, M. (2007). *Asymmetrical Threat Concept and its Reflections on International Security*, Presentation to the Strategic Research and Study Center (SAREM).

UNHCR, (2022). *Afghanistan Refugee Crisis Explained*. Recuperado de: <https://www.unrefugees.org/news/afghanistan-refugee-crisis-explained/#:~:text=Afghan%20refugees%20are%20the%20third,780%2C000%20registered%20Afghan%20refugees%20respectively>

Zapata Callejas, J.S. (2014). *La teoría del Estado fallido: entre aproximaciones y disensos*. *Revista de Relaciones internacionales, estrategia y seguridad*.